

Madero a través de la ficción

Fabulaciones del héroe

Silvia Molina

En nuestra historia abundan los personajes rodeados del aura de las mitologías. Uno de los casos más relevantes es, sin duda, el de Francisco I. Madero, detonante trágico de la Revolución. La escritora Silvia Molina explora las formas en que esta figura ha impactado en la literatura, desde los corridos populares hasta las novelas, la poesía y las crónicas.

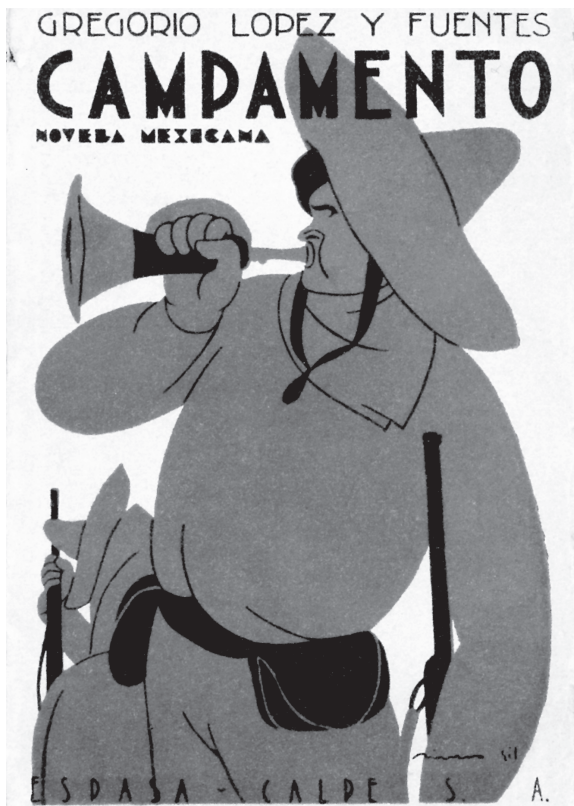
*Sólo se oía un solo grito
que recordarte yo quiero:
Adentro, ¡viva Porfirio!
y afuera, ¡viva Madero!*
Corrido

Francisco I. Madero, figura fundamental y mítica de la historia de nuestro país, se ha convertido en un personaje literario apasionante y contradictorio como son las grandes figuras de la literatura universal. De Francisco L. Urquiza, uno de los escritores que más escribió sobre Madero y su movimiento —por haber sido él mismo maderista—, a Paco Ignacio Taibo II —que nos entregó el año pasado una crónica meticulosa sobre la Decena Trágica—, nuestra literatura ha formado un retrato de Madero en el que podemos verlo desde varios ángulos, lo que nos permite apreciar y distinguir tanto al hombre como al político. Sobre Madero y la Decena Trágica han escrito varios autores, entre los que se encuentran también José Juan Tablada (en su diario), el peruano José Santos Chocano (en su largo poema *Sinfonía heroica: Hay en los violines, / mientras que se callan bronces y timbales / símplicas que llegan desde los confines, / como si balaran, en la*

lejanía, corderos pascuales...) y el malentendido y despreciado por la crítica Luis Spota (*La pequeña edad*).

Quizá debería comenzar citando otros fragmentos de su aparición en el imaginario popular; es decir, en los corridos, donde por lo general se ensalza su figura en contraposición a la de Porfirio Díaz (*Porfirio está retratado / con su águila y su letrero / y en el letrero diciendo: ¡No pudiste con Madero, / con otros habrás podido, porque eres camandulero!*) o se le juzga (*¿Dónde está el jefe Zapata / que esa espada ya no brilla?; / ¿Dónde está el bravo del Norte / que era don Francisco Villa? / Fueron líderes primero / que empuñaron el acero; / hasta subir al poder / a don Francisco I. Madero, / que cuando subió al poder; / a Pancho Villa y Zapata / los quiso desconocer. / Yo no he visto candidato / que no sea convenenciero; / cuando suben al poder / no conocen compañero*); los dos extremos que conforman también al personaje literario: el hombre valiente, decidido, empecinado, y el político ingenuo, blando, con buenas intenciones pero con prácticas torpes.

La primera escena que recuerdo en donde aparece Madero es en *La majestad caída* (1911) de Juan A. Mateos, novela publicada en 1914, en la que se aborda el derrumbe de Porfirio Díaz. Esta obra comienza con las



fiestas del Centenario de la Independencia y termina con la visión de aquel hombre derrotado que aborda el Ypiranga. Mateos pinta una escena en la que supuestamente Madero visita a Díaz por la intermediación de un amigo; y describe la actitud hosca y desdenosa con que éste lo recibió; encuentro, por cierto, que retomará Ignacio Solares en *Madero, el otro*:

“¿Qué quieren ustedes?”. “Pues queremos —le contestó Madero—, la no reelección, la libertad electoral, el sufragio libre; queremos salga este gabinete y estos gobernadores de piedra, que los tienen esos tiranuelos que se llaman jefes políticos y extorsionan al pueblo; queremos la imprenta libre y algo más todavía”. El general Díaz tomaba nota de todas las pretensiones de Madero, que formaban un plan revolucionario, y después dijo: “Los candidatos a la presidencia son muchos”, y pronunció nombres que son la burla popular. Después reaccionó, se acordó de toda su fuerza y exclamó bruscamente: “Si todo eso provoca una revolución, la suprimiré con mano de hierro...”.

Madero se levantó y dijo: “Nos vemos, señor general”. Aquello era un desafío.¹

Y termina:

Madero fue preso y se evadió de San Luis Potosí; marchó a los Estados Unidos, preparó un movimiento arriesgado y volvió a la frontera, donde proclamó sin embozo su plan

revolucionario, fijándose en la personalidad del general Díaz, pidiendo su inmediata separación, como primera cláusula de su plan.²

Luego, Mariano Azuela se ocupa de Madero en *Andrés Pérez, maderista* (1911), novela corta que ha sido considerada más una crónica que una novela histórica por la poca distancia que guarda con los hechos que cuenta: el inicio de la revolución maderista. Aquí, Azuela construye la vida de Andrés Pérez, personaje central y al mismo tiempo quien nos narra la historia interrumpida, a veces, por una tercera persona.

Andrés Pérez, maderista refleja la energía del levantamiento contra Díaz, mientras que *Tierra* (1932), de Gregorio López y Fuentes, subraya la desilusión porque Madero detiene la lucha armada que ha convocado. *Tierra* es una novela sobre la lucha agraria y cuenta la historia zapatista a partir de la vida en una hacienda porfiriana hasta la muerte del líder campesino:

—Pero el señor Madero nos sale ahora con que hasta dentro de algunos años no podrán cumplirse esas promesas hechas a los campesinos. Nos sale con que debemos entregar las armas, que don Porfirio ya se fue, que para dar garantías están los federales. ¿Como si nos hubiéramos peleado sólo para quitar a don Porfirio! ¿Y las tierras? ¿Van a seguir en manos de los ricos?³

² *Ibidem*, p. 81.

³ Gregorio López y Fuentes, *Tierra*, UNAM, Colección Relato Licenciado Vidriera, México, 2003, p. 55.

¹ Juan A. Mateos, *La majestad caída*, Conaculta, /Planeta De Agostini, México, 2004, p. 80.

En *Andrés Pérez, maderista* no leemos un movimiento social, todo son ecos, rumores, ni siquiera aparece Madero, pero reina su sombra. Hay sí, en cambio, una revuelta, una lucha personal que se debate entre adoptar el maderismo o la historia íntima:

Me encaminé al encuentro del tranvía que asomó en la bocacalle; sólo que al pasar por el zaguán de la casa de María me detuve, vacilé un instante y penetré.⁴

Y como vemos por el final de la obra, triunfa la historia personal del protagonista que abandona la idea de la lucha.

Viene después la obra literaria del general Francisco L. Urquiza, quien se alistó en el movimiento maderista en 1910, formó parte de la guardia presidencial de Madero y militó en las filas del carrancismo. *Tropa vieja* (1943), considerada por muchos la mejor novela de la Revolución, nos entrega el mundo del soldado con tal precisión y detalle que nos permite seguir la lucha armada como si la estuviéramos presenciando; y sobre todo, nos facilita seguir el camino de Madero hasta su muer-

⁴ Mariano Azuela, *Andrés Pérez, maderista*, Promexa, México, 1985, p. 37.

te y la forma en que Carranza retoma el ideal constitucionalista en su lucha contra Huerta. El protagonista, Espiridión Sifuentes, reclutado en una leva, narra su experiencia como soldado federal, no sin dejar de ser crítico a la manera de la picaresca española: el pobre soldado ve el mundo que le niega la estructura porfirista, al mismo tiempo que aumenta su conocimiento de la vida y descubre con azoro lo que todos dominan.

—Soy del noveno batallón, mi teniente; me pude escapar de la quema de Torreón y aquí voy chorreando, siguiendo a los míos, que han de ir por delante.

—¡Del noveno! Estás muy tarugo tú, para que me engañes.

—Es la mera verdad, mi teniente; vea usted los números de mi chacó y en la cartuchera.

—¡Del noveno!; no cabe duda que eres un águila, pero yo ya tengo el colmillo grande. ¿Qué dijiste; nomás volteo el seis para abajo y ya es nueve? ¿No?

[...]

Como todos los soldados son iguales y no había modo de probar lo que yo decía, entré a formar parte de la bola aquella. ¡Qué iba yo a hacer sino conformarme con mi suerte! Siquiera me iría a tocar cambiar de aires y de paso, conocer la mentada capital de la República.⁵

Tropa vieja está estructurada a la manera de unas memorias; memorias que nos hacen conocer el lado humano de la guerra: desde la vida en un cuartel, pasando por las batallas, hasta el triunfo en un encuentro o la derrota en otro; por eso y porque en la escritura está la experiencia del autor, esta novela ha sido usada con frecuencia como fuente directa en varios estudios sobre la Revolución.

La vida del pícaro, sí, pero sobre todo la vida en campaña, y la claridad en la traición de Victoriano Huerta:

El Tlacuache hacía sus comentarios conmigo:

—Yo estoy viendo esto muy raro —me decía—, ¿cómo es posible que las fuerzas del gobierno no puedan tomar esa casa?

Aquí hay gato encerrado y algo han de estar tramando los de arriba, no te quepa la menor duda.⁶

Dice eso el personaje en referencia a la actitud de Victoriano Huerta en favor de la tropa de los golpistas.

En *¡Viva Madero!* (1954), Urquiza reconstruye puntualmente la vida de don Francisco desde que regresa al país, después de su larga estancia en el extranjero, hasta su muerte. Se detiene en infinidad de circunstancias como en el terrible final de su hermano Gustavo. Esta

⁵ Francisco L. Urquiza, *Tropa vieja*, Promexa, México, 1985, p. 434.

⁶ *Ibidem*, p. 471.



novela es quizá la fuente más consultada cuando de conocer la vida de Madero se trata; quizá sea, incluso, una fuente desgastada a fuerza de repetirse demasiado.

La Ciudadela quedó atrás (1964) del general Urquiza puede ser vista como una continuación de *¡Viva Madero! La Ciudadela quedó atrás* está contada a manera de memorias del autor y termina con la entrada de éste al ejército carrancista.

Me gustaría detenerme un poco en *Madero, el otro* de Ignacio Solares, una obra que hace hincapié en el misticismo del protagonista. Es, sin duda, la novela más arriesgada que existe sobre Madero y el maderismo, pues se atreve a tocar un tema distinto y original: el espiritismo. En esta novela leemos también su “vocación” como “escogido” para el sacrificio. En *Madero, el otro* conocemos no sólo al Madero que dio su vida por la democracia, sino al que sigue los dictados de su hermano Raúl, muerto a temprana edad en un trágico accidente, quien le dicta cómo debe actuar y le muestra cómo perdonar a los enemigos porque “perdonar hace mejores a todos”.

Ignacio Solares nos descubre al Madero seguidor de la doctrina de Kardec, la que conoció durante su estadía en Francia; y valiéndose de la segunda persona, recrea no sólo la historia pública de Madero sino que lo desmenuza y lo reinterpreta, lo interroga y lo escucha, y trata de meterse a fondo en su espíritu. El libro arranca y termina con el asesinato de Madero, y es su espíritu quien habla.

El mismo Solares, al final de la obra, aclara:

El plan inicial de esta novela fue utilizar los escritos espiritistas de Madero como si se tratara de sueños que explicaran de alguna manera su comportamiento (algo parecido al intento de *Delirium tremens* con las visiones de los alcohólicos).⁷

Entre las escenas más logradas se encuentran la entrevista Díaz-Madero, la recreación de la Decena Trágica con todo y el martirio de Gustavo Madero y la actuación de Bernardo Reyes.

De especial interés resulta el retrato de Madero que incluye su lado débil, su empecinamiento en reconciliar lo irreconciliable. Exhibe sus emociones y trata de entender su psicología. Novela escrita con un estilo certero.

Y para terminar este breve recuento, Paco Ignacio Taibo II hace para la literatura mexicana otro dibujo de Madero en su *Temporada de zopilotes*, donde aborda la historia de la Decena Trágica: el cuartelazo iniciado por Bernardo Reyes y Félix Díaz el 9 de febrero de 1913, que terminó con el asesinato, el día 22, de Madero y Pino Suárez.

⁷ Ignacio Solares, *Madero, el otro*, Planeta / Joaquín Mortiz, Narrativa Mexicana Actual, México, 1999, p. 251.

La crónica de Taibo II —me detengo en ella porque finalmente es una crónica literaria— es puntual, paso por paso, día por día hasta que termina un gobierno de quince meses en que no sólo Reyes, Díaz, Mondragón y Huerta quisieron acabar con Madero, sino con los antiguos porfiristas en todo el país y una sociedad que no entendía su comportamiento.

Y es que no fueron sólo Reyes y Díaz, a los que se unieron los generales Manuel Mondragón y Victoriano Huerta, los únicos que querían a Madero fuera de la presidencia. En realidad los antimaderistas agruparon a variadas fuerzas políticas y militares por todo el país.

La literatura, pues, nos presenta tanto a un Madero intachable y cabal como a un hombre que guiado por su pensamiento religioso y espiritista enfrentó las condiciones políticas y sociales del país convencido de que había venido al mundo a purgar una culpa en el derrotero de la perfección de las almas; a un Madero que si bien inició el cambio democrático, también fue un soñador que labró su propia caída por su ingenuidad y por su empecinamiento; un Madero que mientras oyó a un hermano muerto no supo escuchar a uno vivo que trataba de salvarlo no para la otra vida sino para un país; un Madero que terminó traicionado quizá porque también disfrazó de ideales los intereses de su clase social. [U]

